

TEMAS

POSADAS 2012



"En peregrinación con Jesús, María y José en el año de la fe"

QUÈ ES LA FE SEGÙN EL PAPA BENEDICTO XVI, EN EL AÑO DE LA FE.

¿Qué es la fe? ¿Tiene sentido la fe en un mundo donde la ciencia y la tecnología han abierto nuevos horizontes hasta hace poco impensables? **¿Qué significa creer hoy en día?**"

"En efecto, en nuestro tiempo es necesaria una educación renovada en la fe, que abarque por cierto el conocimiento de sus verdades y de los acontecimientos de la salvación, pero que, en primer lugar, nazca de un verdadero encuentro con Dios en Jesucristo, de amarlo, de confiar en Él, de modo que abrace toda nuestra vida".

Ante diversos desafíos que presenta el mundo actual y que generan una especie de "desierto espiritual", continuó el Papa, y a pesar de los avances de la ciencia, "el hombre de hoy no parece ser verdaderamente más libre, más humano, permanecen todavía muchas formas de explotación, de manipulación, de violencia, de opresión, de injusticia".

Sumado a esto está la **tendencia de creer sólo en aquello que se puede ver y tocar**. Sin embargo hay quienes, pese a la desorientación, intentan ir más allá para responder a preguntas fundamentales como "¿qué sentido tiene vivir? ¿Hay un futuro para el hombre, para nosotros y para las generaciones futuras? **¿En qué dirección orientar las decisiones de nuestra libertad para lograr en la vida un resultado bueno y feliz?** ¿Qué nos espera más allá del umbral de la muerte?"

El Papa resaltó que "necesitamos no sólo el pan material, necesitamos amor, sentido y esperanza, un fundamento seguro, un terreno sólido que nos ayude a vivir con un sentido auténtico, incluso en la crisis, en la oscuridad, en las dificultades y problemas cotidianos".

"La fe nos da precisamente esto: en una confiada entrega a un 'Tú', que es Dios, el cual me da una certeza diferente, pero no menos sólida que la que proviene del cálculo exacto o de la ciencia".

La fe, prosiguió el Santo Padre "no es un mero asentimiento intelectual del hombre a las verdades particulares sobre Dios, es un acto con el cual se entrega libremente a un Dios que es Padre y me ama, es **adhesión a un 'Tú' que da esperanza y confianza**".

"Ciertamente, esta unión con Dios no carece de contenido: con ella, sabemos que Dios se ha revelado a nosotros en Cristo, que hizo ver su rostro y se acercó realmente a cada uno de nosotros. Aún más, Dios ha revelado que su amor al hombre, a cada uno de nosotros es sin medida: **en la Cruz, Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios hecho hombre nos muestra, en la forma más luminosa, hasta dónde llega este amor, hasta darse a sí mismo hasta el sacrificio total**".

Benedicto XVI explicó que "con el misterio de la muerte y resurrección de Cristo, Dios desciende hasta el fondo de nuestra humanidad, para volverla a llevar hacia Él, para elevarla hasta que alcance su altura. **La fe es creer en este amor de Dios, que nunca falla ante la maldad de los hombres, ante el mal y la muerte**, sino que es capaz de transformar todas las formas de esclavitud, brindando la posibilidad de la salvación".

Tras recordar que "debemos ser capaces de proclamar y anunciar esta certeza liberadora y tranquilizadora de la fe, con palabras y con nuestras acciones para mostrarla con nuestra vida como cristianos", el Papa remarcó que "el **rechazo, por lo tanto, no nos debe desalentar**".

"Como cristianos, somos testigos de este suelo fértil, nuestra fe, incluso dentro de nuestros límites, demuestra que hay buena tierra, donde la semilla de la Palabra de Dios produce frutos abundantes de justicia, paz y amor, de nueva humanidad, de salvación. Y toda la historia de la Iglesia, con todos los problemas, demuestra también que existe la tierra buena, existe la semilla buena que da fruto".

Luego de subrayar que la fe es ante todo "un don sobrenatural, un don de Dios", el Santo Padre dijo que la **base de este camino de fe "es el bautismo, el sacramento que nos da el Espíritu Santo, que nos hace hijos de Dios en Cristo**, y marca la entrada en la comunidad de fe, en la Iglesia: no se cree, sin prevenir la gracia del Espíritu; y no creemos solos, sino junto con los hermanos. A partir del Bautismo cada creyente está llamado a re-vivir y hacer su propia confesión de fe, junto con sus hermanos".

El Papa indicó además que si bien "la fe es un don de Dios, pero también **es un acto profundamente humano y libre**. El Catecismo de la Iglesia Católica lo dice claramente: 'Sólo es posible creer por la gracia y los auxilios interiores del Espíritu Santo. Pero no es menos cierto que creer es un acto auténticamente humano. No es contrario ni a la libertad ni a la inteligencia del hombre'".

Para concluir, el Santo Padre dijo que "nuestro tiempo requiere cristianos que han sido aferrados por Cristo, que crezcan en la fe a través de la familiaridad con las Sagradas Escrituras y los Sacramentos. Personas que sean casi como un libro abierto que narra la experiencia de la vida nueva en el Espíritu, la **presencia del Dios que nos sostiene en el camino y nos abre a la vida que no tendrá fin.**"

Tema: No. 1

“La puerta de la fe”. (Cf. Hch 14, 27).

¿Para nosotros, que es la fe?...

La **fe** es, generalmente, la confianza o creencia en algo o alguien. Puede definirse como la aceptación de un enunciado declarado por alguien con determinada autoridad, conocimiento o experiencia.

O tal vez confundamos este término de “Fe”, con “idolatría”, porque creemos que con solo encender una veladora a una imagen de un santo, ponerlo de cabeza, o colocarle flores. Pensamos que con eso nos concederán lo que le pidamos, y aunque hay veces que pedimos algo que va en contra de la voluntad de Dios, por ejemplo: pedimos el mal a nuestro hermano, vecinos, compañeros o incluso a nuestra propia familia.

Al hablar de puerta de la fe, tal vez no podamos interpretarla desde un punto de vista espiritual o desde nuestra propia fe, por lo que si ponemos es ejemplo de una puerta, por la que ya todos conocemos, que es por la cual entramos a un lugar.

En este sentido al hablar desde la fe, tenemos que tomar en cuenta que la puerta está siempre abierta para quien quiera entrar, pero depende de nosotros mismos si queremos entra o pasar por esa puerta, la cual no nos lleva a ningún otro lugar que no sea Dios.

Tampoco es fe solo rezar el santo rosario sólo porque me lo piden, por querer salir de paso, porque es un requisito, por compromiso, o por vanagloriarme delante de los demás. Todos estos actos marianos, actos penitenciales, vía crucis, etc., son una forma de demostrar nuestra identidad católica, pero... ¿En realidad lo hago por fe? Ahora, ¿Por qué fe pedimos a Dios?

Cuando se habla que primero hay que pasar la “Puerta de la fe”, hacemos referencia a lo que nos dice la escritura (Jn 14, 6), “Nadie va al Padre sino por mí”, esto nos dice Jesús en este evangelio. Nadie puede ir a Dios, si primero no conoce a Jesús. Y como nadie puede entrar a un hogar sin pasar primero por la puerta. Jesús aquí se nos presenta como la puerta para conocer al Padre.

Se nos dice que la palabra de Dios es como el umbral de la puerta que traspasa la vida, el corazón de la persona que la escucha. Umbral podemos decir que es lo inferior de algo, pero también el principio de un

destino, y aquí el destino es llegar a Dios, que es el trabajo de la palabra, dar a conocer a Dios por medio de su contenido al ser humano. Si esta quiere y es su voluntad la deja que el Espíritu Santo pueda realizar la obra según Dios en su vida. Por medio de esta palabra que se recibe y si se deja penetrar en el corazón, durará por siempre.

Cuando se cruza una puerta o se hace una casa, lo primero que se tiene que verificar, es que las bases de la casa estén bien fuertes o cimentados, porque solo así se podrá tener confianza en la casa que servirá para que habite una familia. En este caso las bases, columnas o cimiento es Dios, y por lo que sabemos que Cristo es la puerta y es una puerta que no se debe dudar cruzar. Por eso nosotros como Cristianos Católicos, debemos estar bien confiados en nuestra fe, una fe que nos la ha dejado Cristo a través de sus sucesores, y la que nos sigue dando nuestra madre Iglesia, en la cual seguimos y seguiremos perseverando. Porque a pesar que han querido manchar el nombre de la Iglesia, debemos de demostrar que no es así con la misma humildad y sencillez de nuestra madre la Virgen María, que como bien sabemos, es en silencio donde se encuentra Dios.

Tema: No. 2

“La necesidad de la fe ayer, hoy y siempre”.

Cuando escuchamos la palabra “Necesidad”, inmediatamente pensamos en “carecer de algo indispensable o tener ansiedad de algo”. Esto es lo que la Iglesia, junto con el Santo Padre Benedicto XVI, nos quiere demostrar en este año de la fe, por lo que trabajaremos en nuestra vida, familia, comunidad, parroquia, diócesis y toda la Iglesia universal. Hoy en día el ser humano carece de la fe en Dios, y en la Iglesia, quizá por falta de orientación o acompañamiento espiritual, pero también debemos de ver nuestro mundo, que nos encontramos en un mundo desechable, tecnológico, erótico, etc., entonces el ser humano se adhiere a esta clase de problema y ya no le interesa una vida comprometida o de responsabilidad en un cargo dentro de una comunidad cristiana.

Porque a fin de todo se ha visto la necesidad de poder creer en Dios que es amor, ya no lo miramos como “ Dios de Amor”, sino como un Dios que castiga, apunta todo lo que hacemos y luego pedirá cuentas. Debemos tener en cuenta que esta clase dios no es nuestro Padre, sino un Dios de Amor. También que es un Dios” Trinitario”, esto quiere decir: Padre, Hijo y Espíritu Santo, formando una solo persona.

Se habla de la fe de” ayer”, porque como lo recitamos en el “Credo”, fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo. Es un Jesús que nació en la historia, o sea antes de todos los siglos. En la historia, con los profetas, se esperaba que viniera un Salvador, a liberarlos de la esclavitud a todo el pueblo de Israel, y esto se cumplió, por eso había necesidad de fe ayer, porque muchos no creyeron en Cristo y le crucificaron.

Necesidad de fe de “hoy”, porque Dios, es el mismo de siempre, y se hace presente en la Palabra, también está siempre presente en la Eucaristía, en medio de nosotros y lo podemos encontrar en nuestros propios hermanos, no importando nuestra condición humana, siempre y cuando practiquemos su voluntad.

Necesidad de fe de “ siempre”, porque hasta el final de los tiempos vamos a tener la necesidad de Dios, que nos ama, porque es una fe que a pesar de incapacidades humanas siempre estará presente en aquellos que sean fieles, hasta el final de su vida. El mismo Jesús nos dice que estará con nosotros hasta el fin del mundo, (Mt 28, 20), con esta promesa no debemos de desfallecer en las tribulaciones que nos presenta la vida, porque muchas de ellas son para ver que tan grande es nuestra fe y cuanto seríamos capaces de hacer por Dios.

Tenemos trabajo que realizar durante nuestro peregrinar en la tierra porque solo somos simples viajeros, pero durante nuestra estancia en este mundo, debemos luchar por hacer la voluntad de Dios, no sólo por compromiso, sino porque sabemos que el bien es para nosotros mismos no para nuestro hermano, vecino, etc.

En nuestras manos está el hacer que esta “necesidad” de la fe, esté presente en nuestra vida. Si perdemos la necesidad de Dios, entonces sólo seríamos seres sin razón de vivir, estaríamos “robotizados”, programados para realizar las cosas rutinariamente. No debe ser así, esta necesidad que se nos presenta en este tema debe ser la razón de la vida. Porque la fe en Dios es, “creer en él, aunque no lo veamos y toquemos, está siempre en nuestro ser, en nuestro “corazón”, si queremos al hermano, estamos haciendo presente el amor de Dios que nos pide dar y por el cual Él se revela a nosotros, (Jn 15, 9-17), si tenemos fe en Dios de ayer, hoy y siempre, entonces podremos dar el amor a los demás hermanos. ¿Cuánto amas a Dios?... ¿Cuánto es el amor hacia los demás?...

“quien a sus hermanos no ama, miente si a Dios dice que ama”...

“Lo que hiciste a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hiciste”.

Tema: No. 3

“Vigencia y valor del Concilio Vaticano II”.

Los textos dejados en herencia por los Padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, «no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio, dentro de la Tradición de la Iglesia. Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza». «Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta (interpretación correcta), puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia". (Número 5 de la Porta fidei, Benedicto XVI)

El documento recibió el nombre de:

Concilio: fue la asamblea que convocó el Papa Juan XXIII y concluyó por el Papa Paulo VI, y todos los cardenales y obispos de la Iglesia Católica.

Ecuménico: porque ha sido reconocido por toda la comunidad eclesial como auténtico.

Vaticano: porque se realizó en la ciudad del Vaticano, en la Basílica de San Pedro.

Segundo: debido que en el siglo anterior se realizó un primer concilio en la misma ciudad del Vaticano.

Fechas de la celebración del concilio: Un 25 de enero de 1959, el Papa Juan XXIII anunciaba la convocatoria al concilio, y el evento **comenzó el 11 de octubre de 1962**, y continuado por Pulo VI, después de la muerte de Juan XXIII, **finalizó el concilio en 1965**.

Los santo Padres, por medio del Concilio Vaticano II, nos quisieron dejar plasmados su pensamiento y sus enseñanzas, también una base doctrinal para la Iglesia, Esto fue trabajo de muchos años de desgaste, tanto material como espiritual, fue el fruto del esfuerzo de muchas personas también que colaboraron en el mismo.

Lo debemos también al trabajo de los obispos, quienes son la mano derecha del papa y en ese entonces todos como una verdadera comunidad de hermanos en fraternidad se logro realizar esto. Pero también no se diga que también tuvo algunas dificultades por otras personas, que no estaban de acuerdo con las propuestas y frutos del concilio.

Esto lo realizaron para que nosotros como cristianos católicos, tengamos una fuerza más de renovación para nuestra fe, en la Iglesia. También podemos ver que esto no se hizo solo para que se guardara o se leyera como un periódico, sino que podamos darle vida dentro y fuera de la Iglesia, que es lo que seguramente quiere el Santo Padre en este año de la fe. El concilio vaticano, no es un libro, es un acontecimiento de toda la Iglesia, los documentos que hoy conforman el libro del Concilio Vaticano II recogen la doctrina de la Iglesia en el mundo entero sobre distintos temas importantes en la vida de fe de cada creyente, deben ser: estudiados, comprendidos y enseñados. De ahí la importancia que tiene: celebrar el aniversario del concilio, interesarnos por conocer los contenidos de este concilio y luchar por aplicarlos a nuestra vida.

Todo este gran trabajo debemos de tomarlo como una inspiración del Espíritu Santo, quien fue él quien participó y fuente para que se llegara a realizar tan fino trabajo, que él a través de los hombres se hace presente para transmitir lo que el Dios Padre ha querido para su Iglesia.

El valor que podemos dar al concilio también puede ser que es una columna más de la cual la Iglesia tiene su cimiento, como también nuestra propia fe se robustece en Dios, la Iglesia y la Virgen María. Porque ella como madre de nosotros también se hace participe en esta etapa o base de la Iglesia.

También de gran valor porque es aquí donde la Iglesia tiene una reforma en su mayoría de aspectos pero en especial en la liturgia. La Santa Misa por ejemplo, porque desde ese momento es donde se deja de realizar la misa en latín y se haría con la misma lengua del lugar donde se celebre.

Tema: No. 4

La renovación de la Iglesia es cuestión de fe

Muchos aspectos de la vida necesitan de una renovación, por ejemplo el cambio de coordinadores, presidentes, etc., para que se pueda tener nuevas experiencias y esperar mejores resultados que traen los cambios, respirar un nuevo aire. Renovar es *reformat* algo para que parezca *nuevo* otra vez. Así como nosotros abrimos las ventanas de las habitaciones para que pueda ventilar nuevo oxígeno en su interior.

Creemos que la renovación de la Iglesia pasa también a través del testimonio ofrecido por la vida de los creyentes: con su misma existencia en el mundo, los cristianos están llamados efectivamente a hacer resplandecer la Palabra de verdad que el Señor Jesús nos dejó. Hacer nuestra la palabra de Dios, pero no únicamente de manera teórica, o sea tener la palabra de Dios solamente en nuestra inteligencia o de memoria, sino debemos darle vida a esta Palabra de Dios a través de nuestra vida, llevar a la práctica lo que nos dice.

Ahora es necesario tomar en cuenta lo que precisamente el Concilio, en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, afirmaba: «Mientras que Cristo, “santo, inocente, sin mancha” (Hb 7, 26), no conoció el pecado (cfr. 2 Co 5, 21), sino que vino solamente a hacer la voluntad del Padre sacrificándose a sí mismo para expiar los pecados del pueblo, en otras palabras: por nosotros que conformamos la Iglesia. Por otra parte la Iglesia no rechazando a los fieles que por la fragilidad humana cometen pecados abraza a todos los hombres y mujeres y los congrega en torno a Cristo. Esta realidad de debilidad no opaca la santidad de la iglesia, la santidad es el aporte de la iglesia a nuestro mundo, el pecado indica que ella siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación.

La Iglesia continúa su peregrinación en medio de las persecuciones del mundo y de los consuelos de Dios, anunciando la cruz y la muerte del Señor hasta que vuelva (cf. 1 Co 11, 26). Ante esta realidad los discípulos no debemos cansarnos de anunciar a Jesucristo, debemos seguir el camino trazado por los apóstoles de Jesucristo. Solamente nos podemos sentir fortalecidos con la fuerza del Señor resucitado para poder superar con paciencia y amor todos los sufrimientos y dificultades, y revelar en el mundo el misterio de Cristo, aunque bajo sombras, pero con fidelidad hasta que al final se manifieste a plena luz (cfr. Conc.. Vat. II, *Lumen Gentium* 8), Pues hasta ese momento en el cual Jesucristo se manifieste terminará la peregrinación de la Iglesia acá en la tierra.

El Año de la fe nos invita a una auténtica y renovada conversión al Señor, único Salvador del mundo. Dios, en el misterio de su muerte y resurrección, ha revelado en plenitud el Amor que salva y llama a los hombres a la conversión de vida mediante la remisión de los pecados (cf. Hch 5, 31). Dios está dispuesto a perdonarnos, espera que el hombre con corazón sincero y arrepentido se acerque a Él. Para el apóstol Pablo, este Amor lleva al hombre a una nueva vida: «Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en una vida nueva» (Rm 6, 4). Esta vida nueva del que nos habla Pablo es la renovación que busca la Iglesia.

Gracias a la fe, esta vida nueva plasma toda la existencia humana en la novedad radical de la resurrección. Cuando el hombre asuma con la mayor libertad posible la fe en el Señor resucitado todos los pensamientos y los afectos, la mentalidad y su comportamiento deben purificarse y transformarlo lentamente, en un proceso que no termina de cumplirse totalmente en esta vida, sino hasta la vida eterna. La fe cambia toda la vida del hombre.

Bien sabemos que en muchas zonas de la Tierra la fe corre el peligro de apagarse como una llama que ya no es alimentada, como una fogata que se extingue su fuego. Estamos ante una profunda crisis de fe, una pérdida del sentido religioso que constituye el mayor desafío para la Iglesia actual y también para nosotros en nuestros pueblos. Por tanto, la renovación de la fe debe tener la prioridad en el esfuerzo de la Iglesia entera, debemos involucrarnos en esta renovación. Por eso se espera que el Año de la fe pueda contribuir a hacer de nuevo presente a Dios en este mundo, y a abrir a los hombres el acceso a la fe, a confiar en ese Dios que nos ha amado hasta el final en su Hijo Jesucristo.

Debemos reconocer también que el riesgo de un indiferentismo que a nosotros como creyentes nos impulsa a la vigilancia. Dicho indiferentismo está causado por la opinión que dice: la verdad no es accesible al hombre, o sea, el hombre no puede conocer ninguna verdad, por lo que sería necesario limitarse a encontrar reglas capaces de mejorar el mundo. La fe se sustituye por un moralismo sin fundamento profundo, cuando hablamos de moralismo nos referimos a las normas que regulan o rigen el comportamiento humano, pero en este sentido cada uno pone sus propias normas, y eso no es correcto y es sumamente peligroso. ***La fe es el camino por la cual el hombre encuentra la verdad que se revela en la palabra de Dios. La fe viva renueva la Iglesia.***

Tema: No. 5

La fe crece creyendo

Nuestra fe crece en la medida que cada uno vaya obteniendo sus propias convicciones, orientando aquella tendencia del hombre hacia Dios que está inscrita en su corazón, centrando su inteligencia y su voluntad hacia Él. No dudar en la Palabra del Señor que no engaña. ***Yo soy la Verdad... dijo Jesús.*** No debemos tener una actitud cerrada ante Él, tal como nos habla en el Evangelio de San Juan cuando Tomás duda de la resurrección del Señor y pide pruebas (ver los agujeros de las manos y meter las mano en el costado de Jesús) para comprobar lo que le decían, y Jesús dice a Tomás después de haber comprobado su resurrección: desde ahora no seas incrédulo, sino creyente, esto es hombre de fe, ...porque me has visto has creído, dichosos aquellos que crean sin haber visto. (Cfr. Jn. 20,27:29) esta es la misma invitación que se nos hace Jesús: creer.

Nuestra fe puede crecer, así podemos también realizar la misión evangelizadora que Jesús nos ha confiado. Es el amor de Cristo el que llena nuestros corazones y nos impulsa a evangelizar. Hoy como ayer, él nos envía por los caminos del mundo para proclamar su Evangelio a todos los pueblos de la tierra (cf. Mt 28, 19). Nos envía a llevar el Evangelio a nuestras familias, amigos, vecinos, etc. Jesucristo es el que nos atrae con su amor en todo tiempo, convoca a la Iglesia y le confía el anuncio del Evangelio, con un mandato que es siempre nuevo. Por eso, hoy es necesario un compromiso de todos que tenga base en una convicción en Dios y esto favorezca una nueva evangelización, sólo así se puede provocar la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe.

“La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo”. Nos hace fecundos, tal como la tierra fértil del evangelio que acoge la semilla y da fruto abundante, porque engrandece el corazón en la esperanza y permite dar un testimonio fecundo.

Por eso reafirmamos: la fe sólo crece y se fortalece creyendo; De manera que lo recibido y recitado, el Evangelio, es algo que debemos retener siempre en nuestra mente y corazón y repetir a cuantos podamos; además tenerlo siempre presente como norma para nuestra vida. Todo eso brota de una relación con Dios basada en el amor.

Debemos tener en cuenta que existe una unidad profunda entre lo que se cree y los contenidos de nuestra actuación según en lo que creemos. El apóstol Pablo nos ayuda comprender esta realidad cuando escribe: «con el corazón se cree y con los labios se profesa» (*Rm10, 10*).

Por la fe, María acogió la palabra del Ángel y creyó en el anuncio de que sería la Madre de Dios en la obediencia de su entrega (*Lc1, 38*) la Virgen María confió plenamente en la Palabra del Señor, renunció a su proyecto de Vida e hizo que llevara a cabo los planes de salvación para los hombres que Dios preparó.

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo para seguir al Maestro (*Mt 10, 28*) Y dejando Todo, Siguieron a su Maestro, no le dieron mayor importancia a sus bienes, a su familia y prefirieron a Jesús.

Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad reunida en torno a la enseñanza de los Apóstoles, la oración y la celebración de la Eucaristía, poniendo en común todos sus bienes para atender las necesidades de los hermanos (*Hch. 2, 42-47*). Por la fe, los mártires entregaron su vida como testimonio de la verdad del Evangelio. Por la fe, hombres y mujeres han consagrado su vida a Cristo, dejando todo para vivir en la sencillez evangélica la obediencia, la pobreza y la castidad.

Sin duda, estos grandes personajes que admiramos por su fe, hombres y mujeres, creyendo aumentaron su fe. Se han convertido en Ejemplo de vida para nosotros.

Lo que el mundo necesita hoy de manera especial es el testimonio creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos hombres al deseo de Dios y de la vida verdadera que no tiene fin. En otras palabras el mundo de hoy necesita hombres de fe y capaces de convencer a otros con esta misma fe.

Tema: No. 6

Profesar, celebrar y testimoniar la fe públicamente

A todos los fieles cristianos el Señor por medio de su iglesia nos convoca en este tiempo a “redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada” se trata de un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este Año de la fe que estamos viviendo.

El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado, Si por privado se entiende lo que se realiza a la vista de pocos, familiar, entre amigos, sin formalidad ni ceremonia alguna, reafirmamos: la fe no es un hecho privado. **Porque la fe está en la persona y en todas las obras de la persona**, tanto en las privadas como en las públicas. Mucho menos se puede calificar como algo privado, las expresiones artísticas, institucionales o sociales en las que la fe se plasma. Por ejemplo: la procesión de Corpus Cristi, la ética de las bienaventuranzas, o alguna de las muchas catedrales que existen jamás podrán ser hechos privados, aunque sí son manifestaciones de la fe.

La fe es decidirse a estar con el Señor para vivir con él. Y este «estar con él» nos lleva a comprender las razones por las que se cree. Porque sólo Jesús puede llenar el afán del hombre que busca darle el sentido a su vida. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. La actitud egoísta de un cristiano es contraria a la fe, porque teniendo nosotros fe tenemos la responsabilidad de manifestarlo en la sociedad: en la lucha por una vida más digna, la opción por la justicia, la caridad con los hermanos y el compromiso con la familia.

No podemos olvidar que muchas personas en nuestro contexto cultural, aún no reconociendo en ellos el don de la fe, buscan el sentido último y la verdad definitiva de su existencia y del mundo. Por eso la responsabilidad de nosotros en la comunidad en la que vivimos, con nuestro prójimo, es muy importante etc. Que necesitan el testimonio de fe de los que tenemos fe en Jesucristo, nuestro Señor y Salvador. Este testimonio ha de manifestar aquello que profesamos y celebramos. Santiago escribe: “muéstrame tu fe sin obras que yo por mis obras te mostraré mi fe”.

La búsqueda que el hombre hace es el inicio del camino a la fe, porque lleva a las personas a encontrarse con el misterio de Dios. La misma capacidad de razonar es la que debe conducir al hombre hacia Dios, E

encuentro con Él, Será un momento de gracia y de compromiso por una conversión personal a Dios, dará como fruto la fe y motivará al compromiso de anunciar a los demás la alegría de creer en Él.

Por eso, no debemos tener miedo a manifestar nuestra fe, tampoco a someternos con fe a las revelaciones que el Señor ha hecho y entregarnos entera y libremente a Dios, tampoco debemos tener miedo a ofrecer nuestra inteligencia y voluntad al servicio de la fe. No olvidemos que la respuesta propia del hombre a Dios que habla es la fe, abrir la mente y el corazón a las acciones del Espíritu Santo. Ningún creyente en Cristo puede sentirse ajeno a estas responsabilidades que proviene del sacramento que nos ha hecho miembros del cuerpo de Cristo: el bautismo. Todos estamos llamados a la vida misionera de la Iglesia desde nuestro propio estado de vida, y esta tarea misionera debe comenzar con el testimonio de la fe que profesamos, celebramos y vivimos.

La escucha amorosa de la Palabra de Dios y el servicio desinteresado a los hermanos son dos aspectos importantes de la fe. Por eso es necesario que la Palabra de Dios se manifieste en gestos de amor, porque solo así se vuelve creíble el anuncio del Evangelio. Debemos seguir el ejemplo de Jesús que pasó en este mundo haciendo el bien (cfr. Hch. 10,38). Los creyentes debemos ser, como lo decía S. Juan Crisóstomo: lo que es el alma en el cuerpo, esto han de ser los cristianos en el mundo; el alma le da la vitalidad al cuerpo, el cuerpo sin el alma no tiene vida, por eso nosotros con nuestro testimonio debemos de transmitir vida a la sociedad.

Vale la pena la celebración de la fe. Como es necesario encontrarse con un amigo o celebrar determinados momentos de la vida, del mismo modo es necesario encontrarse con Dios y con la vida nueva que él ofrece, para renovarse, entusiasmarse y animarse. Celebrar la fe es tener ese tiempo para el encuentro con el Señor de la vida y de la historia. Para hacer realidad el seguimiento de Jesús, no alcanza con "saber" mucho de él y de su Evangelio, es necesario "experimentar" su presencia y entrar en relación con su persona viva. Las celebraciones litúrgicas y los sacramentos de la fe son los momentos fuertes de la celebración cristiana.

Tema: No. 7

La utilidad del Catecismo de la Iglesia Católica

En este año de la fe estamos celebrando 20 años del catecismo de la iglesia católica, ha sido publicado durante el pontificado del Papa Juan Pablo II. En el encontramos la explicación que da la iglesia a la fe que profesamos, celebramos y vivimos. En este año se nos motiva a acercarnos a este catecismo y a estudiar sus contenidos para fortalecer nuestra fe y redescubrir sus contenidos.

¿Por qué es útil el Catecismo de la Iglesia Católica?... podemos partir diciendo que es útil, porque ***a través de él, podemos acceder a un conocimiento sistemático de los contenidos de la fe***, nos permite llevar una secuencia en sus contenidos. Todos podemos encontrar en el Catecismo de la Iglesia Católica un subsidio, una ayuda, un material de apoyo, con un valor precioso e indispensable al servicio de todos los creyentes. El catecismo es uno de los frutos más importantes del Concilio Vaticano II.

El Papa Benedicto XVI, nos ha invitado a que durante este Año de la fe podamos redescubrir y estudiar los contenidos fundamentales de la fe. Esos contenidos los podemos encontrar de una manera muy organizada en el Catecismo de la Iglesia Católica.

Es muy interesante como es que el Catecismo de la Iglesia Católica, en su forma de presentar los contenidos que posee, lo realiza de una manera muy gradual, pues en sus contenidos, comienza presentando el desarrollo de la fe hasta llegar a abordar los grandes temas de la vida cotidiana, es decir, los llega a concretizar en la misma vida cotidiana del ser humano, en otras palabras son muy actuales y concretos, pues estos contenidos asumen las mismas realidades del hombre, así como la manera de poder enfrentarlos y de poder dar verdaderas respuestas a los acontecimientos de la vida del hombre.

Es muy evidente como es que a través de sus páginas podemos encontrar que se nos prepara, para poderlos asumir en la medida en que se puede descubrir que todo lo que se presenta no es una teoría, sino la búsqueda **del encuentro con una Persona que vive en la Iglesia**, esa persona es Cristo.

Por otro lado, podemos hablar un poco acerca de su estructura, pues en ella logramos encontrar, que los contenidos se van presentando de manera gradual, es decir, que nos permiten ver la vida del cristiana en constante caminar, evolución y progreso, por tanto, queda reflejado que a la profesión de fe, sigue la

explicación de la vida sacramental, en la que Cristo está presente y actúa, y continúa la construcción de su Iglesia. De esta manera, queda muy bien explicado y reflejado que sin la liturgia y los sacramentos, la profesión de fe no tendría eficacia, pues carecería de la gracia que sostiene el testimonio de los cristianos. Del mismo modo, la enseñanza del Catecismo sobre la vida moral adquiere su pleno sentido cuando se pone en relación con la fe, la liturgia y la oración. Con este dinamismo, es posible comprender la integridad y la unidad de los contenidos que nos ofrece el Catecismo de la Iglesia Católica, pues no es posible que asumamos de manera individual cada una de sus partes, al contrario, solo en la medida que se comprendan sus contenidos en una unidad, solo en esa medida podremos comprender su importancia y su utilidad para la vida de todos nosotros los creyentes.

Concretamente podemos decir, que el Catecismo de la Iglesia Católica podrá ser en este Año un verdadero instrumento de apoyo a la fe, sirviéndonos para que podamos profundizar en los contenidos de nuestra fe, para que de esa manera seamos capaces de ser verdaderos testigos de lo que profesamos y asumamos un verdadero compromiso de vida, con ello, nos convertiremos en verdaderos discípulos-misioneros de Jesucristo y daremos vida a su mandato, de ir a todo el mundo y predicar el Evangelio, en esa medida seremos verdaderos formadores, especialmente para quienes no conocen a Cristo; es por ello, que estamos llamados a preocuparnos por la formación de todos los cristianos, siendo una realidad tan importante en nuestro contexto cultural. Pues es evidente que en nuestra actualidad, la fe está sometida más que en el pasado a una serie de interrogantes que provienen de un cambio de mentalidad que, sobre todo hoy, cuestiona ante los diferentes cambios de mentalidad, tecnología y demás, sin embargo, la Iglesia nunca ha tenido miedo de mostrar cómo entre la fe y la verdadera ciencia no puede haber conflicto alguno, porque ambas, aunque por caminos distintos, tienden a la verdad y son para nosotros verdaderas herramientas y medios para un conocimiento mayor sobre Dios, el hombre y el mundo.

Tema: No. 8

Recorrer y reactualizar la historia de la fe

Este Año de la fe al que hemos sido convocados, es un tiempo muy importante y decisivo para que podamos recorrer la historia de nuestra fe. La Iglesia, a través del Papa Benedicto XVI, nos invita a que podamos adentrarnos a nuestro interior y poder descubrir el camino que hemos hecho, en cuanto al tema de la fe se refiere, camino que está muy ligado al entrecruzarse de una realidad de santidad y pecado. Portanto, es necesario que realmente sea un tiempo de profunda análisis sobre cómo estamos en nuestra fe, descubrir sobre aquellos elementos que de alguna u otra manera han llegado a favorecer o han disminuido nuestro crecimiento en la fe.

La santidad: no es otra cosa que ser conscientes de que la vida que hemos recibido de Dios es una gracia y ésta gracias se convierte en la gran contribución de la iglesia, conformada por hombres y las mujeres, que se ha ofrecido para el crecimiento y desarrollo de las comunidades. Se ofrece esta santidad a través testimonio de su vida. Podemos encontrar personas que con sus palabras y sobre todo con sus actitudes, reflejan la profunda relación con Cristo y asumen el papel de ser verdaderos motores de nuestro crecimiento espiritual, dándonos y ejerciendo en nosotros un verdadero ejemplo de vida, de encuentro y de intimidad con Dios.

El pecado: presente también en la vida de debe suscitar en cada uno de nosotros un sincero y constante acto de conversión, es decir que nos permita reconocer nuestra condición humana de fragilidad y de debilidad, pero que a la vez, debe suscitar en nosotros, una verdadera confianza en Dios, que nos conlleve a poner nuestros ojos en Aquel que es el Camino, la Verdad y la Vida, todo ello, con una única finalidad de experimentar la misericordia, el amor, la cercanía y el acompañamiento del Padre que sale al encuentro de todos y que nos acoge, tendiendo sus brazos, revistiéndonos de una nueva dignidad, esta realidad, nos debe permitir experimentar la vivencia del hijo pródigo, que tomando conciencia de su vida de hombre, se armo de valor y retorno a la casa del Padre, es por ello que cada uno de nosotros estamos llamados a poder asumir en nuestra vida, el amor de Dios que tanto amo al mundo que envió a su Hijo único para que todos en Él tengamos vida.

Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, «que inició y completa nuestra fe» (Hb 12, 2): en Él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano, pues sólo en la medida en

que realmente nos confiemos en Él, sólo en esa medida, podremos alcanzar la realización de nuestras vidas, sintiéndonos verdaderos hijos en el Hijo.

La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la ofensa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación.

Con todo ello, podemos descubrir la necesidad de convertir este tiempo en un verdadero recorrer de nuestra vida, porque solo de esa manera podremos descubrir en quien hemos puesto nuestra confianza, pues allí donde está nuestro corazón, allí está nuestro Dios. Por tanto, sólo en la medida en que asumamos seriamente este recorrer de nuestra vida y la vida de la iglesia, podremos llegar a reactualizar nuestra fe, haciendo con la misma, una fe más sólida, madura, coherente y concreta.

Tema: No. 9

No hay fe sin caridad, no hay caridad sin fe

El Año de la fe será también una buena oportunidad para intensificar el testimonio de la caridad pues de que le sirve a la persona tener fe, sino lo demuestra con sus obras, sería una fe muerta, vacía, egoísta e individualista. San Pablo nos recuerda: «Ahora subsisten la fe, la esperanza y la caridad, estas tres. Pero la mayor de ellas es la caridad» (1 Co 13, 13). Con palabras aún más fuertes -que siempre atañen a los cristianos-, el apóstol Santiago dice: « ¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: “Id en paz, abrigaos y saciaos”, pero no les da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué sirve? Así es también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: “Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin las obras, y yo con mis obras te mostraré la fe”» (St 2, 14-18).

La fe sin la caridad no da fruto, y la caridad sin fe sería un sentimiento constantemente a merced de la duda, sería una realidad que estaría expuesta a interrogarse sobre su vivencia, pues en realidad no tendría valor, no existiría en esa experiencia una verdadera fe.

La fe y el amor se necesitan mutuamente, son dos realidades que están íntimamente ligadas de modo que una permite a la otra seguir su camino y, además no es otra cosa que evidenciar una verdadera fe, sostenida por un verdadero Amor que se debe de cultivar continuamente, ya sea a través de la lectura constante de la Sagrada Escritura, por el acercamiento a los escritos del Magisterio, por medio de la oración y sobre todo por la participación constante en la Eucaristía, centro y culmen de nuestra vida cristiana. Es en la eucaristía donde no sólo escuchamos la Palabra de Dios y participamos del banquete eucarístico, sino que además nos permite encontrarnos con toda la familia cristiana, que participa como una sola unidad, celebra y manifiesta la fe en el Amor de los Amores.

Muchos son los cristianos que dedican su vida con amor a quien está solo, marginado o excluido, como el primero a quien hay que atender y el más importante que socorrer, porque precisamente en él se refleja el rostro mismo de Cristo, es por ello que en este tiempo se hace necesario que asumamos prácticas de caridad, no sólo con las personas extrañas, sino que muy especialmente con todas aquellas personas que giran a nuestro alrededor, empezando por nosotros mismos, valorándonos y cuidándonos, pues somos

templos vivos del Espíritu Santo. También es necesario cuidar y proteger a la luz de la fe nuestras relaciones familiares, con atención a los hijos, a las personas de la tercera edad, a los padres y madres con diferentes realidades que les alejan de Dios, es necesaria una mirada de amor a nuestros compañeros de trabajo, de estudio y en general con todas aquellas personas con las que nos encontramos continuamente. Encontrar en ellos al prójimo con el cual debemos poner en ejercicio y en práctica nuestra fe.

Gracias a la fe podemos reconocer en quienes piden nuestro amor el rostro del Señor resucitado. En ellos podemos también descubrir y distinguir con ojos siempre nuevos las maravillas que Dios hace por nosotros.

Este año es una invitación para renovar nuestra entrega y servicio a los demás, se refleja en la atención y escucha a los demás, en actitudes de generosidad, de servicio, de disponibilidad. Eso es caridad y es un fruto muy importante de la fe.

Vivamos el año de la fe tratando de percibir los signos de los tiempos en la historia actual, para que a través de ello, podemos asumir un compromiso de convertirnos en un signo vivo de la presencia de Cristo resucitado en el mundo, en medio de la realidad actual, carente de amor y de acompañamiento a los más necesitados.

Tema: No. 10

Lo que el mundo necesita son testigos de la fe

El mundo en nuestra actualidad, se encuentra sumergido en tantas realidades, dentro de las cuales gime y pide auxilio y ayuda, por ello ***“es evidente que el mundo hoy más que nunca, necesita de manera especial el testimonio de vida creíble de los que, iluminados en la mente y el corazón por la Palabra del Señor, son capaces de abrir el corazón y la mente de muchos al deseo de Dios y de la vida verdadera, ésa que no tiene fin”***, con ello no sólo se contribuye a un mejoramiento social, sino que sobre todo a un mejor estilo de vida, haciendo concreto que la vida adherida a Cristo es la que permite encontrar el camino único a la salvación, encaminados a encontrar la vida eterna.

«Que la Palabra del Señor siga avanzando y sea glorificada» (2 Ts 3, 1): que este Año de la fe haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, que nos permita cosechar un estilo de vida, que haga evidente la relación íntima, cercana y adherida a Cristo, pues sólo en Él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero y, seremos capaces de ser verdaderos orientadores para aquellos que han perdido la brújula de la vida, para todas aquellas personas que han perdido el sentido de la vida, que se encuentran confundidos y por otro lado, seremos capaces de aceptar y de evangelizar, aún a aquellas personas que no son de nuestra religión, convirtiéndonos en verdaderos testigos de la Fe, del Amor y de la Esperanza, es por eso, que estamos llamados a imitar a María, a asumir en nosotros el proyecto salvífico de Dios, de ser portadores de él y de comunicarlo a todas las personas sedientas de Él.

Las palabras del apóstol Pedro proyectan un último rayo de luz sobre la fe: «Por ello os alegráis, aunque ahora sea preciso padecer un poco en pruebas diversas; así la autenticidad de vuestra fe, más preciosa que el oro, que, aunque es perecedero, se aquilata a fuego, merecerá premio, gloria y honor en la revelación de Jesucristo; sin haberlo visto lo amáis y, sin contemplarlo todavía, creéis en él y así os alegráis con un gozo inefable y radiante, alcanzando así la meta de vuestra fe; la salvación de vuestras almas» (1 P 1, 6-9).

La vida de los cristianos conoce la experiencia de la alegría y el sufrimiento. Cuántos santos han experimentado la soledad. Cuántos creyentes son probados también en nuestros días por el silencio de Dios, mientras quisieran escuchar su voz consoladora. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo (cf. Col 1, 24), todo ello, no es

otra cosa que una anticipación de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe: «Cuando soy débil, entonces soy fuerte» (2 Co 12, 10). Nosotros creemos con firme certeza que el Señor Jesús ha vencido el mal y la muerte, ese debe ser nuestro motor de vida. Con esta segura confianza nos encomendamos a Él: presente entre nosotros, vence el poder del maligno (cf. Lc 11, 20), y la Iglesia, comunidad visible de su misericordia, permanece en él como signo de la reconciliación definitiva con el Padre.

Es momento de que todos nosotros cristianos católicos, asumamos el reto de querer transformar nuestra vida por Aquel que es el Alfarero, que seamos capaces de renunciar a nuestra propia vida, de remar mar adentro, de no tener miedo y de ser verdaderos testigos del amor, de la misericordia y de la unidad de Dios. Sólo en la medida en que nos arriesguemos a asumir nuestro papel de bautizados, de hijos de Dios, sólo a través de ello, seremos verdaderos, testigos, evangelizadores y portadores del Evangelio y así al final de nuestra vida que el Justo Juez nos invite a ocupar la habitación que nos ha preparado, que ojalá seamos de aquellos que escuchemos estas palabras: *“Entra al Reino de mi Padre, porque estuve sediento y me diste de beber, hambriento y me diste de comer, desnudo y me vestiste, forastero y me hospedaste, encarcelado o enfermo fuiste a visitarme.”* (Mt 25)